

Los libros canónicos del Nuevo Testamento

J. P. MEIR, Un judío marginal, Tomo I, Editorial Verbo Divino, 6ª edición
Navarra 1997, pág. 65-73

La fuente principal de nuestro conocimiento acerca del Jesús histórico es también el mayor problema: los cuatro Evangelios canónicos (Marcos, Mateo, Lucas y Juan), que los cristianos aceptan como parte del Nuevo Testamento. Los Evangelios no son principalmente obras de historia en el sentido moderno de la palabra. Su finalidad es, ante todo, proclamar y fortalecer la fe en Jesús como Hijo de Dios, Señor y Mesías. Su versión está imbuida desde principio a fin por la fe en que Jesús crucificado resucitó de entre los muertos y volverá glorioso para juzgar al mundo. Además, los Evangelios no intentan o dicen ofrecer nada semejante a un relato completo ni siquiera un resumen de la vida de Jesús.

Marcos y Juan presentan a Jesús ya adulto, empezando su ministerio: un ministerio que, como mucho, dura unos pocos años. Tanto Mateo como Lucas anteponen a la narración del ministerio público dos capítulos de relatos sobre la infancia, cuya historicidad es muy debatida. Inmediatamente reconocemos la imposibilidad de escribir la biografía (en el sentido moderno) de un hombre que murió en la treintena de edad, cuando, en el mejor de los casos, conocemos acontecimientos escogidos de tres o cuatro años de su vida.

Y lo que es peor: no sabemos prácticamente nada acerca de la verdadera secuencia histórica de esos acontecimientos de los que nos ha quedado noticia. Los críticos de las formas en la década 1920-30 señalaron con razón que detrás de Marcos, nuestro Evangelio más antiguo, hay colecciones de tradiciones orales y escritas que tienen en común formas, temas y palabras clave que las unen entre sí. Esas tradiciones son todavía visibles en Marcos: p. ej., los relatos de controversias localizados al comienzo del ministerio en Galilea (2,1-3,6), que Marcos equilibra con otro grupo de relatos de polémica localizados en Jerusalén al final del ministerio (11,27- 12,34); una parte central de relatos de milagros y dichos de Jesús, unidos por la palabra clave "pan" (6,6b-8,21), y un conjunto de parábolas (4,1-34).

No hay razón para que consideremos que estos grupos guardan el inviolable orden cronológico de los acontecimientos, sobre todo porque Mateo y Lucas no lo hacen. Mateo, por ejemplo, reordena libremente los relatos de milagros de Marcos para crear una pulcra colección de nueve relatos dividida en tres grupos separados entre sí por material "aislante" (Mt 8-9). El gran sermón de la montaña que presenta Mateo se encuentra, en parte, en el sermón del llano, más breve, de Lucas (ambos sermones están localizados en Galilea) y, en parte, en material diseminado por el largo relato que hace Lucas del viaje final de Jesús hasta Jerusalén (Lc 9,51-19,27).

Seminario

El Sentido Busca al Hombre

El ser humano como pregunta, el cristianismo como respuesta

Digamos en breve que cada autor sinóptico ha reordenado las cuentas (= las perícopas) en la cadena del rosario (= la estructura de su Evangelio) para acoplarlas a su propia visión teológica. Dado que también las colecciones de perícopas anteriores a los Evangelios ya estaban ordenadas de una manera artificial, no tenemos posibilidad de determinar cuál es el orden histórico de los acontecimientos, si es que realmente lo hay. Podemos estar completamente seguros de que el ministerio de Jesús empezó después de su bautismo por Juan en el Jordán y terminó con el fatídico viaje final a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. No es posible saber la duración exacta de los acontecimientos del ministerio público ni su orden exacto. Sin una idea del "antes y después", toda biografía en el sentido moderno -y en realidad todo bosquejo del desarrollo psicológico o religioso de Jesús- es imposible.

Para mayor confusión, en el cuarto Evangelio Juan va a su aire en gran medida, centrando el ministerio de Jesús no en Galilea, como los sinópticos, sino más bien en Judea y Jerusalén. Aparte del "epílogo" del capítulo 21 (probablemente añadido por un redactor final), solo un capítulo de Juan se centra exclusivamente en el ministerio en Galilea (capítulo 6).

En el cuarto Evangelio, Jesús adulto viaja a Judea y Jerusalén al menos cuatro veces, lo cual contrasta con el único viaje que se registra en los sinópticos al final del ministerio público. Desde el período patrístico en adelante, los cristianos han tratado de ensamblar las cronologías sinóptica y joánica, a fin de crear una "armonía de los Evangelios", pero tal amalgama no deja de ser altamente especulativa e ignora la naturaleza de las fuentes. Porque si cada Evangelio contiene no un orden cronológico históricamente exacto, sino un esquema teológico artificial, el ensamblaje de los cuatro Evangelios únicamente producirá un confuso montón de esquemas teológicos, no el orden cronológico que falta a cada uno de ellos.

Orden cronológico no es lo único que no ofrecen los Evangelios. Está la cuestión básica de si nos han preservado las palabras exactas de Jesús o solo -en el mejor de los casos- la sustancia de lo que él dijo. Quizá el erudito del siglo XX que confiaba más en nuestra habilidad para extraer de los Evangelios la misma voz de Jesús era Joachim Jeremías, que se dedicó a reconstruir el original arameo de varios dichos auténticos de Jesús. Sin embargo, hay verdaderas razones para preguntarse si la tradición del Evangelio y los evangelistas se preocupaban tanto por las precisas palabras que Jesús dijo.

Naturalmente, algunas variaciones en un mismo dicho o parábola se pueden explicar suponiendo que el peripatético maestro que era Jesús solía repetir de varias maneras sus enseñanzas. Pero, incluso en este caso, se impone la lógica conclusión de que ninguna forma de un dicho se puede considerar como la forma original.

La repetición de unas mismas enseñanzas por parte de Jesús en muchas ocasiones diferentes no puede explicar todas las variaciones en el texto del NT. Por ejemplo, tenemos cuatro relatos de lo que Jesús dijo sobre el pan y el vino en la última cena (Mc 14,22-25; Mt 26,26-29; Lc 22,19- 20; 1 Cor 11,23-26), y las cuatro versiones difieren entre sí. Obviamente, Jesús pudo decir estas palabras solo una vez antes de que su vida acabase bruscamente; por tanto, no podemos alegar supuestas repeticiones en varias formas.

Tenemos aquí un dato revelador: las "palabras eucarísticas" eran claramente importantes para la Iglesia primitiva (¡prueba de ello, las cuatro formulaciones!). Pero su importancia para la Iglesia primitiva garantizaba una coincidencia en la sustancia, no en las palabras mismas. Y si esto es verdad para las "palabras de la institución"

Seminario

El Sentido Busca al Hombre

El ser humano como pregunta, el cristianismo como respuesta

pronunciadas en la última cena, ¿tenemos alguna razón para pensar que otras palabras de Jesús fueron conservadas con mayor celo al pie de la letra? Décadas de adaptación litúrgica, expansión homilética y actividad creativa por parte de los profetas cristianos han dejado su marca sobre las palabras de Jesús en los cuatro Evangelios.

Las diferentes versiones de tan importante material como el padrenuestro (Mt 6,9-13; Lc 11,2-4) y las tres bienaventuranzas (Mt 5,3-12; Lc 6,20b-23) solo refuerzan la impresión de que, al buscar la enseñanza del Jesús histórico, debemos contentarnos a menudo con un contenido básico e hipotéticas reconstrucciones de "la forma más primitiva" a que podemos llegar, se remonte verdaderamente o no a Jesús. Todas estas observaciones nos llevan al asunto de la datación de los Evangelios canónicos y de sus fuentes.

Yo acepto la opinión generalizada en la actual investigación sobre el NT: Marcos, utilizando varios conjuntos de tradiciones orales y posiblemente escritas, compuso su Evangelio alrededor del año 70. Mateo y Lucas, trabajando independientemente el uno del otro, compusieron unos Evangelios más extensos en el período 70-100 (lo más probable entre los años 80 y 90), mediante una combinación y adaptación de Marcos, de un repertorio de dichos de Jesús que los especialistas llaman arbitrariamente Q, Y de especiales tradiciones propias de Mateo y Lucas. Esto es lo que se conoce como la hipótesis de las dos fuentes.

Actualmente es la de uso más generalizado, si bien no tiene una aceptación universal. Por ejemplo, algunos críticos, como William Farmer y C. S. Mann, sostienen la hipótesis de Griesbach: Mateo fue el primero en escribir, luego lo hizo Lucas basándose en Mateo, y finalmente Marcos compuso un resumen o combinación de los textos de Mateo y Lucas. Otros especialistas admiten la anterioridad de Marcos, pero dudan de la existencia del hipotético documento Q, que deber ser reconstruido a partir del material común a Mateo y Lucas, pero no presente en Marcos. Mi trabajo anterior sobre crítica textual de Mateo me ha convencido de que la hipótesis de las dos fuentes, aunque no carente de problemas, es la teoría más viable, y como también se trata de la más empleada por la comunidad internacional de estudiosos del tema, será la hipótesis que usaremos aquí. El más importante resultado de esta posición es que Marcos y Q proporcionan dos fuentes diferentes para la comparación y la comprobación.

Si el Evangelio de Juan ofrece asimismo una fuente independiente de conocimiento acerca de Jesús, junto con Marcos y Q, es algo que todavía se debate acaloradamente. En la primera parte del siglo XX se solía aceptar como un hecho que Juan había conocido y usado los Evangelios sinópticos.

A esta opinión se opuso P. Gardner-Smith en 1938, afirmando que Juan representaba una tradición independiente. C. H. Dodd estudió detalladamente esta posición, que aceptaron comentaristas de tal calibre como Raymond Brown, Rudolf Schnackenburg y Ernst Haenchen. Hoy día es probablemente la opinión de la mayoría, pero de ningún modo ha llegado a ser unánime. Por ejemplo, el gran exegeta de Lovaina Franz Neirynck sostiene que Juan depende de Marcos, Mateo y Lucas. Desde mi punto de vista, sin embargo, son los especialistas como Dodd y Brown los que llevan las de ganar en la discusión. La presentación joánica del ministerio de Jesús es demasiado diferente en su conjunto como para derivarse de los sinópticos; e incluso donde Juan sigue la línea de los sinópticos, la extraña mezcla y la errática aparición de coincidencias y discrepancias encuentra mejor explicación en una corriente de tradición similar a la de los sinópticos, pero independiente de ella. Brevemente, nuestro estudio de los cuatro Evangelios nos brinda tres fuentes mayores e independientes con las que trabajar:

Seminario

El Sentido Busca al Hombre

El ser humano como pregunta, el cristianismo como respuesta

Marcos, Q y Juan. Califico de "mayores" esas fuentes para establecer un contraste entre ellas y dos fuentes menores y problemáticas, a saber: 4 M y L. Por M y L entiendo las tradiciones exclusivas de los Evangelios de Mateo (M) y Lucas (L). Para aislar estas tradiciones se quita del Evangelio en cuestión cuanto se considera que es de Marcos, de Q y de la actividad redaccional del evangelista. Precisamente porque las tradiciones M y L fueron formadas y/o transmitidas por las Iglesias locales que también contribuyeron a formar los puntos de vista teológicos de los mismos Mateo y Lucas, resulta a veces extremadamente difícil distinguir la tradición M de la redacción de Mateo y la tradición L de la redacción de Lucas. Como no podía ser menos, el vocabulario, el estilo y el contenido teológico de esas tradiciones coinciden frecuentemente con los de Mateo y Lucas. Y eso lleva al crítico de las fuentes a una especie de perplejidad. Solo cuando el vocabulario, el estilo y la visión teológica del material exclusivo de Mateo o Lucas divergen de los del evangelista podemos sentirnos completamente seguros de que se trata de material de la tradición M o L, y no de una creación redaccional. Pero ni siquiera entonces es posible pasar automáticamente de la tradición M o L a un auténtico dicho de Jesús. Como el material M o L carece, por definición, de todo paralelo, no es fácil llegar a decisiones en cuanto a historicidad, y hay que tomarlas examinando caso por caso. Dadas todas estas precauciones -así como el carácter fragmentario de las tradiciones M y L-, creo que deben ser consideradas como fuentes menores.

La cuestión del valor histórico crea aún más problemas con el material del cuarto Evangelio, y algunos críticos simplemente se desentienden de Juan. Sin embargo, contrariamente a la tendencia de Bultmann y sus seguidores, el

Evangelio de Juan, en mi opinión, no se puede rechazar en bloque y a priori como fuente para el Jesús histórico. Bien es cierto que la reelaboración de relatos efectuada con fines simbólicos y la reformulación de dichos a favor de programas teológicos alcanza su punto culminante en Juan. Pero tales tendencias no faltan totalmente en los sinópticos, y a veces (p. ej., en cuestiones tales como el carácter de la última cena y la fecha de la muerte de Jesús) Juan puede ser históricamente más correcto que los sinópticos. Hay que juzgar cada caso según sus propios méritos; la "tiranía del Jesús sinóptico" debería ir al desván de los postbultmannianos.

Aparte de los cuatro Evangelios, el NT ofrece muy poco acerca de Jesús. Por simple abundancia, la más prometedora fuente de información es Pablo, el único autor de material neotestamentario que procede, sin duda alguna, de la primera generación cristiana. Como el centro de la teología de Pablo es la muerte y resurrección de Jesús, la vida y dichos del Jesús terreno no tienen un papel destacado en sus epístolas. Más aún, éstas no pretenden, generalmente, ofrecer un conocimiento inicial sobre Jesús, que ya se suponía y que se recordaba únicamente cuando era necesario. Usualmente, Pablo recurre a las palabras de Jesús y a los acontecimientos de su vida solo en los pocos casos en que problemas apremiantes (sobre todo, en la Iglesia de Corinto) le fuerzan a repetir la doctrina básica que él ya había impartido al predicar por primera vez el Evangelio a una asamblea determinada. Por ejemplo, el problema del divorcio entre los corintios lleva a Pablo -cosa realmente insólita en él- a apelar a la enseñanza de Jesús que prohíbe el divorcio (1 Cor 7,10-11); sin embargo, incluso en este caso, aparece parafraseada, no al pie de la letra (cf., p. ej., Mc 10,11-12; Mt 5,32; Lc 16,18). La defensa que hace Pablo de su independencia para mantenerse a sí mismo económicamente le hace aludir a lo que dice Jesús sobre el mantenimiento de los misioneros (1 Cor 9,14; cf. Mt 5 10,10; Lc 10,7).

La falta de caridad cristiana mostrada en las eucaristías corintias lleva a Pablo a recordar las acciones y palabras de Jesús en la última cena (1 Cor 11,23-26). Ciertas dificultades

en cuanto a la doctrina de que los cristianos resucitarán el último día dan pie a la recitación de un antiguo credo cristiano que incluye el hecho fundamental de la muerte y sepultura de Jesús (1 Cor 15,3).

Sin embargo, en la mayor parte de estos casos no debemos decir que Pablo "cita" las palabras de Jesús. Son más alusiones que citas, puesto que, salvo en el caso de las palabras eucarísticas de Jesús, Pablo se refiere a la esencia de la enseñanza de Jesús, siempre con la vista puesta en lo que el propio Pablo se propone al dirigirse a los corintios. Ahora bien, el hecho de que Pablo pueda:

- 1) Aludir de paso a los dichos de Jesús
- 2) Esperar que los corintios los reconozcan y acepten como normativos
- 3) Recurrir a veces a determinadas enseñanzas acerca de Jesús que Pablo recibió después de su conversión y transmitió luego a los corintios (1 Cor 11,23; 15,3), aboga por la existencia de cierto fondo de enseñanzas procedentes de Jesús y sobre Jesús que circulaban entre las Iglesias paulinas de la primera generación.

Ciertamente es significativo que, siempre que Pablo apela en 1 Corintios a enseñanzas de Jesús o sobre Jesús, encontremos un material paralelo en los sinópticos. Es llamativo asimismo que Pablo distinga cuidadosamente (1 Cor 7,10-13) entre lo que dijo Jesús sobre el divorcio y la aplicación de ese dicho por parte del propio Pablo a una nueva situación (matrimonios entre cristianos y paganos). Pese a todas sus pretensiones de autoridad apostólica, Pablo no se siente libre para crear enseñanzas y ponerlas en labios de Jesús. Y podemos preguntar: ¿quién lo hizo en la primera generación?

Aunque estos pocos casos claros de 1 Corintios nos proporcionan una fuente independiente de verificación para los sinópticos (especialmente en los dichos sobre el divorcio y sobre la eucaristía), hay que reconocer que casi agotan la utilidad de las epístolas paulinas para la búsqueda del Jesús histórico.

Se pueden encontrar unos cuantos datos más, diseminados por las epístolas (p. ej., Jesús descendía de David [Rom 1,3]; su misión iba dirigida a Israel, no a los gentiles [Rom 15,8]). Pero, de nuevo, en el mejor de los casos, confirman simplemente lo que ya nos dicen los Evangelios. Como mucho, estos textos paulinos nos informan de que tales datos sobre Jesús se enseñaban durante la primera generación cristiana incluso en remotas Iglesias no fundadas por Pablo (¡Roma!).

Algunos críticos apuntan hacia otra posible fuente paulina de información: los largos fragmentos de parénesis (exhortación moral) de Pablo que encuentran paralelos en la enseñanza de Jesús. Pero esto se puede explicar de varias maneras.

¿Utilizaba Pablo conscientemente una enseñanza que tanto él como sus conversos sabían procedente de Jesús, sin molestarse Pablo en advertir el origen de la conocida fuente de sus exhortaciones? ¿O usaba Pablo un material que de hecho venía de Jesús, sin conocer su origen? ¿O empleaban Jesús y Pablo en sus exhortaciones unas tradiciones éticas y sapienciales similares de origen judío? ¿O desarrollaron Pablo y otros cristianos de la 6 primera generación una parénesis que luego pasó a la tradición sinóptica y fue atribuida a Jesús? Caben todas estas posibilidades, y todas ellas pueden tener cierto grado de verdad. A veces, la fuerte semejanza tanto en forma como en contenido, así como el contraste con el ambiente religioso general del siglo I, puede hacer plausible la dependencia de Pablo con respecto a Jesús. Tal puede ser el caso de la exhortación a amar a los propios enemigos o perseguidores, como figura en Mt

5,38-48 y Lc 6,27-36, por un lado, y en Rom 12,14.17.20; 1 Tes 5,15 y 1 Cor 4,12 (cf 1 Pe 3,9), por otro.

Pero, fuera de estos casos especiales, queda la inseguridad de cuánto sabía Pablo al respecto. De cualquier modo, nuestro conocimiento del Jesús histórico no aumentaría, aunque se demostrase que estos pasajes parenéticos procedían de Jesús. Al fin y al cabo, la verdadera razón por la que se presentan como dignos de ser tenidos en cuenta es que son comparables a un material presente en los sinópticos. A lo sumo, por tanto, pueden servir de medios para comprobar la tradición sinóptica, no como fuentes de nueva información.

Más allá de Pablo, el resto del NT proporciona una cosecha todavía más mezquina. La epístola de Santiago, como las paulinas y otras epístolas neotestamentarias, puede contener algunos dichos de Jesús reelaborados. La candidatura más clara es la prohibición de juramentos en Sant 5,12 (cf Mt 5,34-37). La primera epístola de Pedro es otra posible fuente, aunque el interrogante sobre si el autor conocía otros documentos que ahora se hallan en el NT complica las cosas 26. La carta a los Hebreos dice - dificultando aparentemente su tesis de que Jesús es el sumo sacerdote de la nueva alianza- que era de la tribu de Judá, no de la de Leví (Heb 7,14). También conoce una tradición similar a la atormentada oración de Jesús en Getsemaní (Heb 5,7-8; cf Mc 14,32-42 parr.; también Jn 12,27-36a).

El Apocalipsis de Juan presenta un lenguaje y metáforas que también se encuentran en el discurso escatológico de Jesús. Por ejemplo, la atrevida imagen del ladrón aplicada a la venida de Jesús al final de los tiempos aparece tanto en Q (Mt 24,43; Lc 12,39) como en Ap 3,3; 16,15 (cf la versión suavizada en 1 Tes 5,2,4; 2 Pe 3,10, donde el "día del Señor" llega como un ladrón). En los cuatro textos es Jesús quien habla directamente: en los Evangelios, el Jesús terreno; en el Apocalipsis, el Jesús resucitado y glorificado.

Y aquí, naturalmente, está el problema: ¿se puso un dicho del Jesús histórico en boca del Cristo resucitado, contemplado en visión por el vidente del Apocalipsis? ¿O fueron los profetas cristianos quienes, habiendo oído esas palabras en sus visiones del Señor resucitado, las pusieron en boca del Jesús terreno? En el cuadro de conjunto, una decisión al respecto tiene poca importancia para el asunto que nos ocupa, puesto que, una vez más, el material no añade nada sustancial al conjunto de datos procedentes de los cuatro Evangelios. Dentro del NT, en realidad se nos remite siempre a los Evangelios. Por eso, en los capítulos siguientes debemos averiguar si fuera del NT podemos encontrar alguna fuente de información independiente acerca del Jesús histórico.